



Siluetas de la Ciudad

Servicios Provinciales: El Manicomio

He aquí un tema de literatura local que el cronista se encuentra hecho. En el capítulo de nuestros males todo es crónico, desesperantemente crónico, y las mismas deficiencias que, a comienzos del siglo movían la pluma de los plumíferos locales, siguen moviendo la nuestra recién llegada al palenque. El mar de tinta vertido en nuestros periódicos durante un cuarto de siglo, no ha servido para mover nunca la agarrada máquina de nuestra administración local y provincial, lo cual es malo. Ya es peor que los mares de lágrimas que ha costado esta desidia, no hayan tenido tampoco ningún éxito. Comentando la primera crónica de esta sección publicada en LIBERTAD, un amigo, decía al cronista lo siguiente: —¡He leído eso!... Teneis el mismo programa municipal que la «Voz de la Mancha»... salvo lo de las farmacias con la puerta abierta.

Tenía razón el comentarista. Es el mismo programa de todos los periódicos, como el mismo programa de todas las Corporaciones ha sido el no hacer nada. Váyase lo uno por lo otro.

Quedamos, pues, querido comentarista, en que LIBERTAD, en esta como en la otra, no va a descubrir ningún Mediterráneo, porque ya está descubierto.

El manicomio de Ciudad Real; el Departamento de observación de dementes del Hospital de Ciudad Real... No es nuevo el asunto. Es nada más que un poco más moderno que sus venerables piedras.

Lo que si es nuevo seguramente, para el público, es que va a desaparecer. A ese Paudemonium Manicomial le ha sonado su hora: fué la anterior corporación dictatorial la que decretó su ruina.

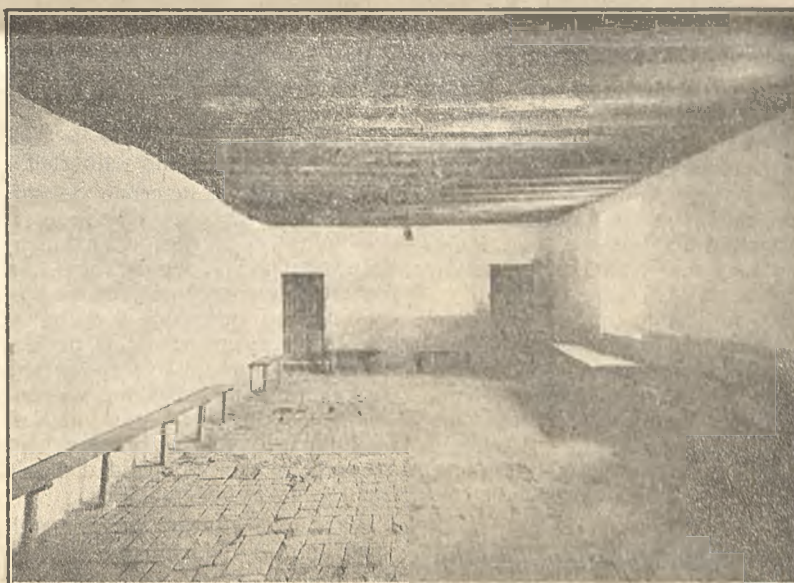
Cuando supimos la noticia, bailamos de contento... Un mal crónico de las necesidades de esta Ciudad iba a ser destruido; cada golpe de la piqueta demoledora, resonaría como un Aleluya de triunfo en nuestro corazón.

Hoy meditado, densamente meditado, abrumadoramente meditado había sido, pero al fin era. Como de una sucia crisálida, al fin, de las roñosas piedras del llamado Hospital viejo, saldría un establecimiento modelo, destinado a albergar, a tralar a nuestros pobres dementes, hacinados hasta ahora en su caserón...

Hemos tenido necesidad de interrumpir nuestro triunfal Aleluya. El Hospital viejo se derrumba, es verdad; en la amplia huerta que lo circunda se estan echando los cimientos de un pabellón exactamente igual que el Hospital moderno, con destino a Hospital quirúrgico, pero no se construye un nuevo Manicomio. Los dementes, siem-

pre de prestado, se alojaran en la planta baja del nuevo pabellón... Excelentísima Diputación, para ese viaje no se necesitaban tales alforjas... Lo que los dementes confiados a su custodia y tratamiento necesitan no es una casa más bonita, mejor embaldosada ni mas lujosa. Es simplemente un establecimiento más útil.

Suponemos que este fantástico acuerdo no habrá sido como de cos-



EL COMEDOR (!) DEL MANICOMIO

tumbre, informado por el personal técnico de la Casa. Hacía falta por lo visto, una ampliación del servicio quirúrgico; al construirlo sobraba una especie de desván, y se encontró providencialmente que allí se podrían almacenar los dementes... ¡No está mal!... Ya veremos lo que en su día digan los enfermos, recién operados, de la extraña vecindad de los dementes. De lo que digan estos no nos podremos enterar, y aunque nos enteremos... ¡quién hace caso de locos!...

¡Flamante corporación provincial, recién estrenada! rogamos que vuelva de ese acuerdo! Aún es tiempo, ahora se estan echando los cimientos y es fácil arreglarlo; miren, señores diputados, que cuando el pabellón se acabe, si meten allí lo locos, van a tardar tanto tiempo en salir como han tardado del Hospital viejo, y que lo que se proyecta no es ni Hospital quirúrgico, ni manicomio, ni demonios coronados, sino un caos, una heregía científica y un nuevo martirologio de no sabemos que fracción de siglo, para los pobres dementes y para los pobres operados.

Si hay algún establecimiento que necesite aislamiento, condiciones especia-

les, amplitud de todo, de locales, de campo, de instalaciones accesorias, es un manicomio. El manicomio es una sociedad nueva, al margen de la normal, que se aviene mal con la vecindad de nada ni de nadie. Todo le molesta a él para cumplir sus fines, y él a todo molesta. Necesita una complejidad de personal que se aviene mal con el régimen común de un Hospital ordinario, y si alejado debe estar de todo un servicio quirúrgico modelo, que es lo que trata de hacer llevándolo al nuevo pabellón, cien veces más alejado de todo debe estar un manicomio, pues los gérmenes que perturban sus fines son aún más sutiles que los de la cirugía, vulgares y groseros microbios que un autoclave los mata y un antiséptico los achica, pues son influencias sociales que atraviesan las paredes, son im-

posibles de esterilizar, y únicamente se hacen inicuos a través de un personal exquisitamente especializado, en un establecimiento verdaderamente aislado.

Aun es tiempo, señores Diputados, de no fabricar un nuevo impace para albergar a estos desdichados. Caigan en buen hora las piedras del Hospital viejo, pero construid en su lugar, aparte del servicio nuevo de Cirugía que, en buena hora venga, si no un Manicomio, empresa para lo cual es posible que no esté capacitada económicamente la Diputación, al menos un servicio modesto de observación de dementes, aislado, científico, que no sea un desván como el viejo que va a caer, ni el sobrante de una manta nueva, como el que se proyecta... A los pobres locos les queda, por lo menos, este último derecho.

MARTÍN RAMALES.

En el próximo número, cumpliendo nuestro propósito de prestar la máxima atención a los asuntos locales, publicaremos un sensacional reportaje sobre el problema escolar de esta capital.